

Gestión Pública Intercultural



Ñande Reko

La comprensión guaraní de la Vida Buena

Esta publicación cuenta con el financiamiento del Programa de Apoyo a la Gestión Pública Descentralizada y Lucha contra la Pobreza de la Cooperación Técnica Alemana (PADEP/GTZ).

Ñande Reko. La comprensión guaraní de la Vida Buena

Primera edición, julio de 2002

® Derechos Reservados: FAM - Bolivia PADEP/Componente Qamaña

Edición al cuidado de Javier Medina

D.L.: 4-1-892-02

Ilustraciones: Los dibujos son de Riou en base a croquis de Arthur Thouar, que exploró el Chaco a fines del siglo XIX y publicó en *Explorations en Amérique du Sud*. Hachette, Paris, 1891.

Serie: Gestión Pública Intercultural (GPI) - n. 7

Ñande Reko. La comprensión guaraní de la Vida Buena

Segunda edición de 1.000 ejemplares

PADEP/GTZ

D.L.: 4-1-2778-08

Edición: Comunicación PADEP/GTZ

Diseño y Diagramación: Imaginación Arte Creativo

Impresión:

Editorial Quatro Hnos.

Impreso en Bolivia

La Paz, diciembre de 2008

Índice

Prólogo	9
1. El pueblo guaraní	13
1.1. Datos generales	13
1.2. La identidad chiriguana, <i>Xavier Albó</i>	14
2. Algunas miradas a su pasado Histórico	21
2.1. Noticia acerca de las costumbres de los indios chiriguanos, <i>fray Gerónimo Guillén Ofm</i>	22
2.2. Misioneros y guaraníes durante la Colonia y la República. El desencuentro interminable, <i>Thierry Saignes</i>	26
2.3. Los misioneros y el principio de reciprocidad. <i>Thierry Saignes</i>	29
2.4. Cinco paradojas de la historia chiriguano, <i>Thierry Saignes</i>	37
3. El encuentro de occidente con la indianidad guaraní	43
3.1. El quid pro quo guaraní, <i>Dominique Temple</i>	44
3.2. Ocho mentiras sobre el Chaco, <i>Francisco Pifarré</i>	86
3.3. Diferencias entre el occidente moderno y el mundo indígena, <i>Javier Medina</i>	90
4. La comprensión guaraní de la vida buena	99
4.1. La Tierra sin Mal, <i>Bartomeu Melià</i>	99
4.2. Ñande Reko, <i>Bartomeu Melià</i>	107

5. Aproximaciones a las economías indígenas	131
5.1. Formas económicas guaraníes, <i>Jürgen Riester</i>	131
5.2. El concepto fundamental de la economía guaraní: Areté, <i>Bartomeu Melià</i>	136
5.3. Conceptos básicos de la economía guaraní, <i>Javier Medina</i>	141
5.4. Economía indígena, <i>Pierre Clastres</i>	143
5.5. Lecciones a aprender de las economías indígenas, <i>Javier Medina</i>	151
6. La búsqueda de la Calidad de Vida	163
6.1. El Taller de Itanambikua, <i>Componente Qamaña/PADEP</i>	164
Bibliografía	201



4. La comprensión guaraní de la Vida Buena

Tal vez se pueda condensar lo nuclear de la comprensión guaraní de la Vida Buena en su mito más conocido, la Tierra sin Mal, que ha signado toda su historia. El otro nodo semántico que nos pueda dar información a este respecto, quizás sea el que contiene, por así decir, su Imperativo Categórico: el Ñande Reko.

*Pues bien, es seguramente Bartomeu Melià, el gran maestro que a muchos nos ha introducido al corazón de la cultura guaraní, el que nos pueda descifrar este secreto. Para ello vamos a extraer y condensar dos textos suyos, por otro lado insuperables, para poder deslizarnos al corazón de este pueblo. El primero proviene de un libro colectivo, coordinado por Manuel Marzal, llamado **Rostros indios de Dios**. CIPCA / HISBOL / UCB. La Paz, 1992. El segundo texto es el cogollo de su clásico **Ñande Reko. Nuestro modo de ser**. CIPCA, La Paz, 1988.*

Con este aporte de Melià queremos ofrecer al lector la perspectiva de otra escuela de pensamiento que podemos asociar al nombre de CIPCA, Centro de Información y Promoción del Campesinado, de la Compañía de Jesús. A esta escuela de pensamiento, cristiana y católica, pertenecen los textos de Pifarré, Albó y Melià.

4.1. La Tierra sin Mal, Bartomeu Melià

No se puede hablar de los guaraní sin referirse a su búsqueda, incansable y profética, de la tierra-sin-mal. De este modo, una experiencia indígena se torna paradigmática para pensar cual sería el proyecto de una sociedad más solidaria y humana.



La arqueología ofrece dos tipos de evidencias: los guaraní son pueblos que se mueven en una amplia geografía, con migraciones a regiones distantes y con desplazamientos frecuentes dentro de una misma región. No propiamente nómadas, sino colonos. Los guaraní ocupan tierras con características ecológicas constantes: tierras aptas para sus cultivos de maíz, mandioca, batata, porotos y calabazas.

Los guaraní escogieron climas húmedos, con una temperatura media entre los 18 y 22 grados C, se localizaron preferentemente a orillas de ríos y lagunas, en lugares que no exceden los 400 metros sobre el nivel del mar, habiendo bosques y selvas típicas de la región subtropical.

Si bien la tierra impone sus condiciones, es el guaraní quien *hace* su tierra. La tierra guaraní vive con los guaraní que en ella viven. La ecología guaraní no es sólo naturaleza, ni se define por su valor exclusivamente productivo. El guaraní entiende su territorio como *tekohá*; ahora bien, si el *tekó* es el modo de ser, el sistema, la cultura, la ley y las costumbres, el *tekohá* es el lugar y el medio donde se dan las condiciones de posibilidad del modo de ser guaraní. "El *tekohá* significa, y produce al mismo tiempo, relaciones económicas, rela-

ciones sociales y organización político-religiosa, esenciales para la vida guaraní. Aunque parezca redundancia, hay que admitir que sin *tekohá* no hay *tekó*. El *tekohá*, con toda su materialidad terrenal, es sobre todo una interrelación de espacios culturales, económicos, sociales, religiosos y políticos.

La estructura fundamental de *tekohá* y la relación de sus espacios se presenta de este modo: un monte preservado y poco perturbado, reservado para la caza, la pesca y la recolección de miel y frutos silvestres; unas manchas de tierra especialmente fértil para en ellas hacer las rozas y los cultivos, y por fin, un lugar abierto a cuyo alrededor crecen algunos pies de banana, de tártao, de algodón y de urucú. Son estos tres espacios: monte, roza y aldea, los que dan la medida de la buena tierra guaraní.

Suele atribuirse a los indígenas en general una concepción de la tierra como "madre". Esta imagen no es común ni típica de los guaraní. La tierra es para ellos, más bien, un cuerpo cubierto de piel y pelos, revestido de adornos. A juzgar por ciertas expresiones idiomáticas, el guaraní tiene de la tierra una percepción visual y plástica y hasta auditiva. El monte es alto: *Ka'á yuaté*; es grande: *ka'á guasú*; es lindo *ka'á porâ*; es áureo y perfecto: *ka'á ju*; es como llama resplandeciente: *ka'á rendy*; es la cosa brillante: *mba'é verá*. Los ríos son claros: *y satí*; blancos: *y morotí*, negros: *y hû*; bermejos y *pitâ*; o como una corriente de agua coronada de plumas: *Paraguay*. El mar es, en fin, el color de todos los colores: *pará*.

Un pueblo que ha vivido durante siglos en un tal ambiente ha debido pensar su verdadera tierra en términos de luz y de voz; que no sólo hablan las aves, los insectos y las aguas, sino también los árboles. Es esta la tierra buena que el guaraní, caminante, horticultor y aldeano, ha buscado incansablemente para en ella cultivar y vivir.

El fundamento de la tierra

La buena tierra guaraní es tan real, porque su fundamento no es la naturaleza en sí, sino el acto religioso que le da principio y la conserva. Cada una de las naciones guaraní tiene una concepción y símbolos propios para significar este fundamento y este

centro de su cosmos, pero todas concuerdan en hacer depender la bondad de la tierra y su conservación, su perfección y su estabilidad, de la salvaguarda de ese fundamento central.

Para los Mbyá la tierra se engendra en la base del bastón ritual del Padre Ñamandú. En el centro de esta tierra se yergue una palmera verde-azul; otras palmeras se levantan, marcando a manera de puntos cardinales, la morada de los seres divinos y el lugar donde se origina el espacio-tiempo primitivo. Para los Paî-Yavyterâ, Nuestro Abuelo Grande fundó la tierra sobre la base de dos palos atravesados en forma de cruz, y a partir de ese centro la fue ensanchando y la fue llevando a sus últimos límites. Estos mismos guaraní reconocen como “centro de la tierra” la región que ellos habitan y que lleva precisamente este nombre: *Yuypyté*. Los propios Paî se consideran a sí mismos y se autodenominan *Tavyterâ* “moradores del pueblo del centro de la tierra”; ésta es su suerte y su destino.

La tierra recibe, pues, su hermosa plenitud de su fundamento religioso, basado a su vez en un acto litúrgico realizado por Nuestro Primer Padre. La conservación del mundo consistirá consecuentemente en mantener viva y actual esa liturgia. Cantar y rezar, teniendo el bastón ritual apoyado en el suelo, es sostener el mundo y fundarlo nueva y continuamente. Dejar de rezar y descuidar el ritual es como quitarle a la tierra su propio soporte, provocando su inestabilidad y su eminente destrucción.

La tierra guaraní, sin embargo, se ordena y se “cosmiza”, no en función de un templo ni de un lugar sagrado, sino en relación con el canto y la fiesta, contexto sacramental de la palabra y del gesto ritual: ahora bien, la fiesta es también, y sobre todo, el sacramento del amor mutuo, la participación y la reciprocidad.

El fundamento de la tierra guaraní acaba siendo de este modo, la fiesta, donde se comparte la alegre bebida de la chicha: *kawí*, fruto de la tierra y del trabajo de muchos, unidos en minga (*mutirão*): *Poty rô*, donde también el

Las grandes virtudes del guaraní son el “buen ser”: tekó porâ; la justicia: tekó jojá; las “buenas palabras”: ñe’ê porâ; las palabras justas: ñe’ê jojá; el amor recíproco: joayhú; la diligencia y la disponibilidad kyre’y, la paz entrañable: py’á guapy; la serenidad: tekó ñemboróy un interior limpio y sin dobleces: py’á potí.

hombre se hace palabra divina y esa palabra es compartida por todos. Donde hay una fiesta guaraní, ahí está, a fin de cuentas, el centro de la tierra; la tierra buena y perfecta a la que se aspira.

En busca de la perfección

La tierra buena, la que produce fiesta y palabra comunicada, es la misma que trae consigo la perfección y la plenitud: *aguyjé*. Tanto los frutos, que alcanzan su plena madurez, como las personas, que alcanzan la deseada perfección, tienen *aguyjé*.

En esta perfección está expresado el ideal de persona humana, con sus virtudes y ejemplos. Las grandes virtudes del guaraní son el "buen ser": *tekô porâ*; la justicia: *tekô jojá*; las "buenas palabras": *ñe'ê porâ*; las palabras justas: *ñe'ê jojá*; el amor recíproco: *joayhú*; la diligencia y la disponibilidad: *kyre'y*, la paz entrañable: *py'á guapy*; la serenidad: *tekô ñemboro'y*, un interior limpio y sin dobleces: *py'á potí*.

Estas formas y modos de ser no se refieren a comportamientos individuales e intimistas, sino a relaciones con los otros. Esas virtudes se visualizan y se socializan principalmente en las reuniones políticas y en los convites religiosos; ellas están muy relacionadas con el decir: palabra escuchada, palabra dicha, palabra profética. Y estas palabras reciben su condición de posibilidad de las prácticas de la reciprocidad. Lo que busca el guaraní, que busca la buena tierra, es este estado de perfección, para el cual confluyen varias condiciones, el uso de diversos medios y hasta la práctica de determinadas técnicas psico-religiosas: salir de la tierra mala, llegar a un lugar de abundancia, poder realizar convites y fiestas, alcanzar experiencia místicas extraordinarias. Estos son los medios que posibilitan la perfección y llevan la condición humana a su plenitud.

Dos tipos realizan esta perfección guaraní: el *pa'í* y el *karaí*. El *pa'í* es el padre de una familia extensa, hombre de respeto, anciano tal vez, con un algo de chaman y de profeta. Es un señor de la palabra, tiene capacidad para convocar amplios convites y no defrauda en ofrecer abundancia de comida y de bebida. Juntanse en su casa numerosos yernos y otros allegados. Hombre tranquilo y sereno, sus entrañas no se sobresaltan ni baten descompasadamente, cuando sucede una contrariedad o estalla un conflicto. No se enoja; si tie-

ne que dar una reprimenda o infligir un castigo, tiene a su lado a otros más jóvenes que lo harán por él. Serenamente, cuando se siente movido a ello, agarra la maraca, la agita, escucha su “voz” y él mismo se hace palabra con esa voz. Puede pasar así toda la noche, cantando y rezando, acompañado apenas por su mujer, que hace resonar contra el suelo el ritmo de la tacuara-bambú.

La experiencia religiosa que hace de este padre de familia también un chamán, es esencial para la construcción de la persona guaraní, el *avá*, el hombre por antonomasia. El *pa’í* es también, en algún grado, un *pajé*.

La otra figura en el *karai*, el chaman caminante, cuya función casi exclusivamente religiosa parece desligarlo de la comunidad. Profeta de cataclismos y de males irremediables, era el principal incentivador de mudanzas y migraciones, de acciones guerreras y de interminables danzas rituales, que llevaban a la comunidad al borde del agotamiento. Son los hombres dioses, en cuyo poder están las fuerzas de la naturaleza: lluvias, vientos, fuego y plagas de toda clase. En estos *karai* alguien ha visto a los profetas de la sociedad contra el Estado, en un momento en que una mayor densidad demográfica del pueblo Guaraní llevaría a una mayor concentración de poder en manos de algunos jefes. Esos *karai*, sin embargo, apenas radicalizan algunos elementos del modo de ser guaraní, como el canibalismo, las danzas y las migraciones, en un movimiento que desestabiliza más bien a la sociedad. De hecho, su presencia era tan respetada como temida, como si hubiera en ellos un exceso, incluso de religión. Denunciadores clarividentes de males, pero marginales por posición, hacían de la crisis su profesión y de la anarquía su profecía.

Las dos figuras *-pa’í* y *karai-*, a pesar de todo, no se contraponen; juntas representan una forma de sociedad y un ideal de persona en que la reciprocidad económica sea general y plena y cada uno pueda alcanzar el estado de perfección, en una tierra donde no hay mal y no hay muerte.

La tierra-sin-mal como tierra nueva y tierra de fiesta, espacio de reciprocidad y de amor mutuo, produce también personas perfectas, que no sabrían morir. Tras esta meta, nada utópica, ya que tiene lugar bajo nuestros pies, han ido generaciones de guaraní.

Para el guaraní hay una relación directa entre tierra-sin-mal y perfección de la persona; el camino de una lleva a la otra. Y así como la tierra-sin-mal es real y está en este mundo, la perfección, que en su grado por excelencia incluye el no-morir, es también real y se da en la tierra. La tierra-sin-mal como tierra nueva y tierra de fiesta, espacio de reciprocidad y de amor mutuo, produce también personas perfectas, que no sabrían morir. Tras esta meta, nada utópica, ya que tiene lugar bajo nuestros pies, han ido generaciones de guaraní.

El mal en la tierra

Históricamente el guaraní tiene una experiencia innegable del mal en la tierra: es la fiesta imposible, la perfección inalcanzable. Se ha hablado incluso del pesimismo guaraní como componente esencial de su estar en el mundo. Es un hecho que los guaraní hablan de las cosas nefastas y dañosas *-mba'é meguâ-*, siempre inminentes y amenazantes, con más frecuencia que de la tierra buena y perfecta. Son numerosas las tradiciones que hablan de catástrofes y cataclismos que ya sucedieron y son siempre posibles. La más constante y difundida de esas tradiciones es la del diluvio *-y porû-*.

El mal actual consiste en los montes que son deforestados, en las cercas de las haciendas que cortan los caminos y reducen a nada las tierras indígenas, en el egoísmo de los blancos y en la falta de religión de estos mismos.

Pero está también la inestabilidad de la tierra que, falta de soporte, se desmorona y hará, al mismo tiempo, que un incendio devorador avance de occidente para oriente *-yu_ okái-*. Hay todavía otras catástrofes que enuncian de diversos modos el fin del mundo: una invasión de tinieblas o la llegada del Jaguar Azul *-Jugú rovy-*, devorador de hombres. Son estas las cosas que “descosmizan” y provocan el caos, como juegos de mal gusto y bromas pesadas que hacen de este mundo algo ridículo y sin sentido. Es el reino del *mba'é meguâ*.

Las diversas metáforas de la destrucción de la tierra y de sus males pueden recibir una lectura natural y desmitificada: se trataría de prolongadas sequías, agotamiento del suelo, diversas plagas de animales dañinos, eclipses de sol y de luna, inundaciones, ataques de enemigos. No es ésta, sin embargo, la interpretación indígena.

El mal en la tierra, esa “cosa deforme”, no es nunca un fenómeno natural ni una circunstancia meramente ecológica, sino *tekó-lógica*. El *tekó porâ*, el buen modo de ser, y el *tekó marangatú*, el modo de ser religioso, por diversos motivos, se han deteriorado y ha cobrado cuerpo un exceso de *tekó vaí*, la maldad, que imposibilita el ejercicio mismo de cualquier canto, la producción de un rezo y menos aún la convocación de una fiesta. Los *Pa’í* contemporáneos señalan como causas que pueden provocar la destrucción de la tierra; la violencia y, en especial, el homicidio, las faltas cometidas contra el orden moral, cuando son negados la colaboración y el amor mutuo, y también la ofensa personal, cuando ésta cierra el paso a la reconciliación.



El mal actual consiste en los montes que son deforestados, en las cercas de las haciendas que cortan los caminos y reducen a nada las tierras indígenas, en el egoísmo de los blancos y en la falta de religión de estos mismos. Ante este estado de cosas, están al acecho para abatirse sobre el mundo los cataclismos de siempre: vientos huracanados, tempestades, incendios, inundaciones, desgracias de todo género, en forma de muertes repentinas, enfermedades incurables, hambre y malestar social.

El mal de la tierra no es de ahora. Es probable que la percepción de las “deformaciones” del cosmos haya sido el motivo principal de las migraciones prehistóricas. La sociedad guaraní habrá conocido desde antiguo situaciones de crisis muy serias que afectan su vida y su modo de ser. Pero no hay duda de que fue con la entrada del sistema colonial cuando el mal interrumpió con fuerza inusitada y formas inéditas. Pestes, esclavitud, cautiverio y persecuciones fueron los cuatro jinetes del Apocalipsis colonial. Cuando se implantó el régimen de encomienda, por el año de 1556, y se estableció el servicio personal, que desestructuraba el sistema guaraní, quebrando la regla de la

reciprocidad, los guaraní contestaron con repetidas rebeliones y otros modos de resistencia. Incluso la instalación de las Reducciones jesuíticas, a partir de 1610, fueron consideradas, no sin una buena parte de razón, como “un disimulado cautiverio” y hubo resistencia contra ellas.

La historia colonial es para el guaraní una progresión de males que parece no tener fin ni límite. El peor de todos los males coloniales será simplemente negarles a los guaraní la tierra. ¿A dónde ir? Tanto a oriente como a occidente la misma devastación, el mismo cerco. Aquella tierra que todavía no ha sido traficada ni explotada, que no ha sido violada ni edificada (que era una de las proyecciones ideales de la tierra-sin-mal: *yu-marane’y*) simplemente no existe más. Desaparecen las selvas y los montes, todo se vuelve campo y el campo es reclamado por el blanco para sus vacas. Toda tierra se ha vuelto mal; el *mba’é maguâ* lo cubre todo.

Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai - www.etnolinguistica.org



4.2. Ñande Reko, *Bartomeu Melià*

*Entendemos por Ñande Reko el significado que le daba Montoya en su **Tesoro de la lengua guaraní** (1639): Modo de ser, modo de es-*